



2. Armagedón: la última batalla

Hugo A. Cotro

Universidad Adventista del Plata
Libertador San Martín, Argentina
hugo.cotro@uap.edu.ar

Recibido: 7 de mayo de 2024

Aceptado: 15 de julio de 2024

Doi: <https://doi.org/10.56487/5zggd086>

“El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y el agua de éste se secó para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas pues son espíritus de demonios que hacen señales y van a los reyes de la tierra para reunirlos a la batalla del gran día del Dios Todopoderoso... Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón” (Ap 16,12-16).

El Apocalipsis es un escrito eminentemente simbólico. En él aparecen dragones con muchas cabezas que arrojan ríos por la boca y otras imágenes semejantes; es decir, metáforas que ilustran y objetivan conceptos y realidades mucho más complejos.

Las imágenes y metáforas empleadas por Juan son tan vívidas que han estimulado la imaginación de sus lectores durante siglos, al punto de que muchos han cedido a la tentación de interpretar las profecías apocalípticas a la luz de los titulares de la prensa, y no a la inversa. Como resultado, cada conflicto internacional de cierta envergadura en Oriente ha sido propuesto como el cumplimiento de esas profecías: el despertar militarista del imperio japonés en la primera mitad del siglo XX, la guerra de Vietnam, la del Golfo Pérsico, entre otras.

El mensaje de las profecías bíblicas referidas al fin de la historia es de naturaleza primordialmente moral, espiritual y cristocéntrica; desde esa



perspectiva ha de ser interpretado para que adquiriera sentido (Jn 5,39; Ap 19,10).

Bajo inspiración divina, Juan evoca las experiencias más significativas de la historia del pueblo hebreo para ilustrar, mediante ellas, el desenlace del gran conflicto entre el bien y el mal. De hecho, prácticamente no hay ningún libro del Antiguo Testamento que no sea citado o aludido en el Apocalipsis.

En el siglo VII a. C., el pueblo judío cayó bajo el yugo esclavizador del imperio babilónico (véase Dn 1-5). A punto de cumplirse los setenta años de cautiverio profetizados mucho antes por Jeremías (Jr 25,11-12; 29,10), Dios envió un libertador proveniente del este u oriente: Ciro el persa. Este acontecimiento había sido anunciado por Dios a su pueblo más de un siglo antes de que Ciro mismo naciera (Is 41,1-5.25; 44,26-28; 45,1-6.13; 46,11; 48,12-16). La liberación ocurrió en el año 539 a. C. —un siglo y medio después de que Isaías lo anunciara—, cuando Ciro desvió las aguas del Éufrates, que atravesaban la ciudad de Babilonia, y penetró con sus soldados en la gran capital, tomándola por asalto. Poco después (537 a. C.), los persas otorgaron la libertad a los judíos para que regresaran a su tierra y reconstruyeran el reino de Judá y su capital, Jerusalén.

Ciro y su imperio, el medo-persa, vinieron de oriente y constituyeron una prefiguración histórica de la gran liberación que obrará Cristo en favor de su pueblo perseguido y acorralado por la Babilonia simbólica al final de la historia (véase Ap 13; 16-19). Por ello, Juan alude a ese hecho tan conocido para sus lectores originales y lo utiliza como ilustración.

La palabra Armagedón proviene del hebreo *har* (“monte”) y *megguidón* (“Meguido”), ciudad famosa mencionada en el Antiguo Testamento. Para entender el uso simbólico de esta expresión, es necesario considerar la geografía de Palestina. Por su condición de “puente” entre las dos grandes masas terrestres del hemisferio oriental (Eurasia y África), Palestina se hallaba en la encrucijada de las civilizaciones de la antigüedad. El camino que conectaba Egipto —en el sur— con Siria y Mesopotamia —en el norte y el este— atravesaba Palestina y era una de las rutas más importantes en tiempos bíblicos, tanto en el plano comercial como en el militar.

De este modo, Palestina fue siempre una estratégica encrucijada de caminos, codiciada por los sucesivos imperios norteos (Asiria, Babilonia, la Siria griega seléucida) y la gran potencia sureña de Egipto. La ruta proveniente de Egipto avanzaba hacia el norte a través de las llanuras occidentales de Palestina hasta ser interrumpida por la cordillera central, que desemboca en el Mediterráneo. Este obstáculo hacía que la ruta se desviara hacia el este a través de un paso que conducía a la llanura o valle de Jezreel, Esdraelón o Meguido, escenario de numerosas batallas decisivas durante tres milenios y medio. La zona donde se encontraba la ciudad de Meguido era, por lo tanto, uno de los puntos más estratégicos de toda Palestina, cercana a la cadena montañosa del monte Carmelo.

Como ya se indicó, Armagedón significa literalmente “monte de Meguido”. Sin embargo, la ciudad de Meguido no estaba edificada sobre un monte ni había un monte dentro de sus límites. ¿A qué se refiere entonces la expresión? Su propósito es señalar un monte próximo a Meguido, el Carmelo, escenario de un gran acontecimiento para el pueblo hebreo.¹ Lo mismo ocurre en Jueces 5,19, donde la expresión “las aguas de Meguido” equivale al “arroyo de Quisón” (Jc 5,21), que corre por el valle de Meguido, al pie del Carmelo, y termina, como este, en el Mediterráneo. De la misma manera, el “valle de Meguido” (Za 12,11) y el “campo de Meguido” (2 Cr 35,22) son expresiones sinónimas utilizadas para designar la llanura de Jezreel o de Esdraelón, la única próxima a la ciudad de Meguido, donde Israel obtuvo una victoria decisiva sobre los ejércitos cananeos. Por lo tanto, “el monte de Meguido (Ar-Meguidón)” de Apocalipsis 16,16 no es otra cosa que el monte Carmelo.

¿Por qué el Carmelo? ¿Qué ocurrió allí? La gran batalla espiritual descrita en 1 Reyes 18 entre el bien (Dios y Elías) y el mal (el culto a los falsos dioses Baal y Asera, impulsado por la impía pareja real Acab y Jezabel), entre la verdad y la mentira. ¿Qué tuvo que ver eso con el Apocalipsis? La correlación entre los personajes de aquel episodio histórico prototípico, prefigurativo, y lo que ocurrirá al final de los tiempos puede resumirse así:

¹ Véase el artículo de William Shea, “The location and significance of Armageddon in Revelation 16: 16”, *Andrews University Seminary Studies* 18, n.º 2 (1980): 157-162.

1 Reyes 18	Apocalipsis
El rey Acab y su esposa Jezabel	Dos poderes perseguidores (Ap 13)
Los cien profetas perseguidos (1 Re 18,4.13)	Una minoría perseguida (Ap 7; 12; 14)
La sanguinaria reina Jezabel, esposa de Acab	La ramera ebria de sangre (Ap 17)
Los 450 profetas de Baal	El falso profeta (Ap 16)
Elías, oriundo de Tisbé, al oriente	Cristo, el jinete que viene para liberar a su pueblo (Ap 19)
La muerte de Acab, Jezabel y los profetas de Baal	La destrucción de todos los poderes perseguidores: la bestia, la ramera y el falso profeta (Ap 19; 20)

En cuanto a los tres espíritus inmundos semejantes a ranas que salen de las bocas del trío diabólico para engañar a los reyes con falsas señales, el cuadro evoca sin duda la actuación de los hechiceros egipcios que imitaron las dos primeras plagas enviadas por Dios a través de Moisés contra el faraón opresor de los hebreos, como resultado de lo cual este endureció su corazón (Ex 7,1.12.22; 8,7; *cf.* Ap 13,13.14).

Así, tres acontecimientos cruciales de la historia del pueblo de Dios en el pasado —los poderes demoníacos que inclinaron el corazón del faraón contra el pueblo de Dios, la caída de Babilonia y la derrota del culto a Baal por parte de Dios y Elías— arrojan luz sobre el desenlace de la lucha final entre el bien y el mal.

Por lo tanto, no debe esperarse una guerra mundial literal en el relativamente pequeño valle de Meguido, donde ni siquiera cabría el ejército de una de las superpotencias actuales. La batalla final del Armagedón será, en cambio, de naturaleza espiritual y se desarrollará entre Dios, junto a sus fieles oprimidos, y una confederación de los poderes de la tierra instigados por Satanás contra aquellos (*cf.* Dn 10,20). El desenlace de esa última batalla será la llegada del Jinete de Apocalipsis 19,11-21 desde el oriente (*cf.* Mt 24,27) para otorgar a su pueblo la victoria final sobre sus opresores.